



Director: ARTURO A. GIMENEZ

GALERIA CÓMICA

FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES  
JUAN L. (á) EL PRECIOSO

AÑO II  
Nº 81  
Setiembre 15 de 1895  
PRECIOS SUSCRICION  
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

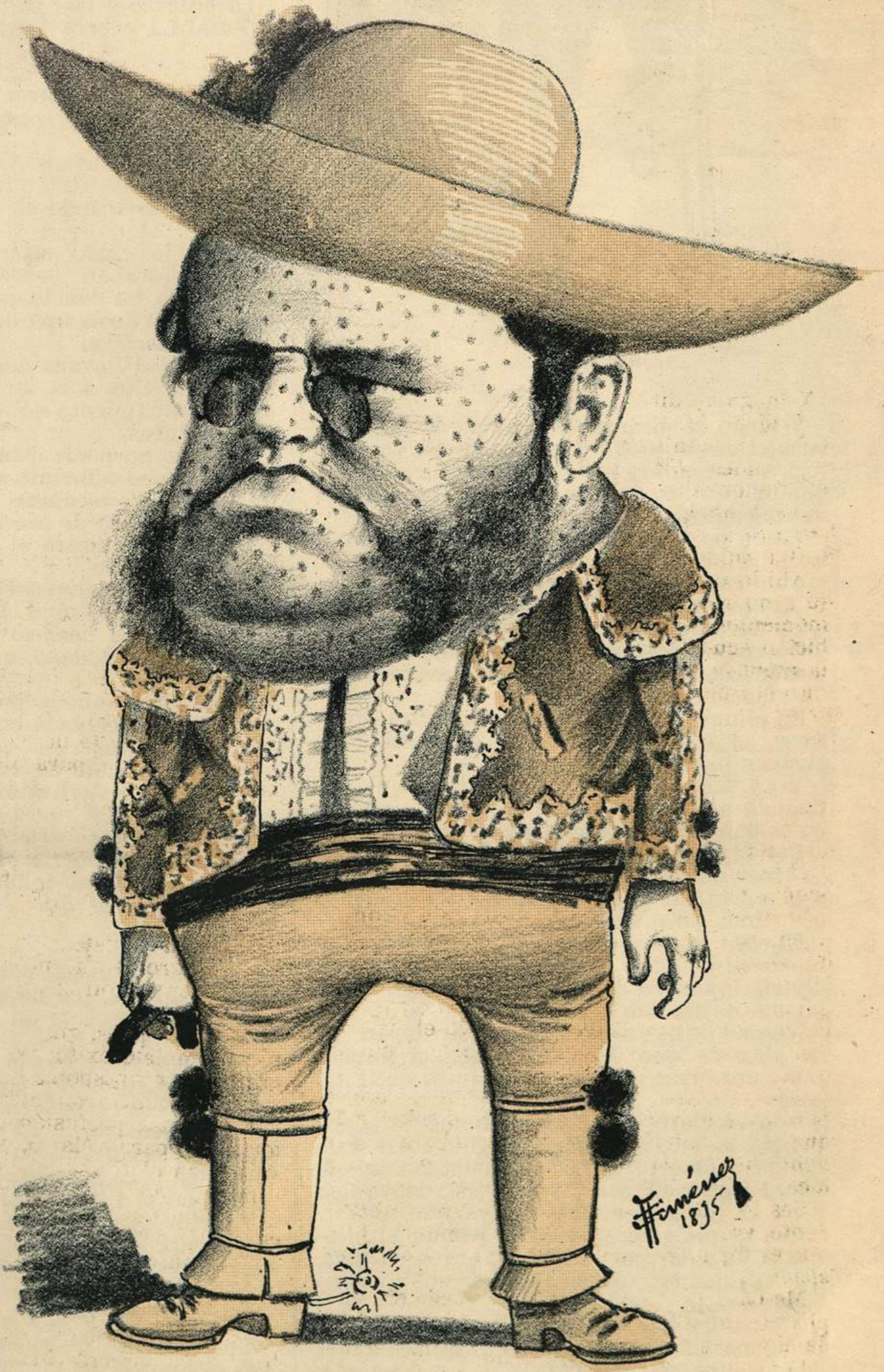
Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR  
Los mismos precios, en moneda equiva.  
lente, con el aumento del franco.  
Número corriente 30 centesimos :: Número atrasado 40 centesimos

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301  
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57



El día que este nació  
se oyó decir á su madre:  
«Dale que coma, y bien presto  
que este vá á ir al presupuesto.»  
Cuando su padrino  
le dijo á su madre  
me llevo el chiquillo  
para bautizarle,  
el pueblo todito

al verlo pasar  
le dijo: ¡Hermosote!  
Ya vas á tragar!  
Le echaron el agua,  
no sé si bendita,  
la sal en la cara  
ya algo picadita,  
y el cura le dijo  
(lo dijo en latín)

«Ahí vá un hombre público  
con mucho de aquí. (1)  
Y además de cobrar  
que eso lo hace al reló,  
este vota y discute ¡chipé!  
y todo lo que hace, no lo hace muy bien.

(Con música de «Caramelo»)

(1) Esto lo dijo tocándose el estómago.

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Celos retrospectivos» por S. Delgado—«Para ellas», por Alina Doré—«Revoltijo», por G. L.—«Charlas domingueras», por Nemo—«Generosidad» por J. Pérez Zúñiga—«Teatros», por Re-bemol—«Entre dos fuerzas» (Novela) por Arturo Giménez Pastor.

GRABADOS—«Galería cómica» (Fotografías sin retoques) Juan L. (a), El precioso—«Para ellas», (retrato de niña) por Aurelio Giménez—«¡Rayo val!» por Wimplaine II—«La gracia ajena», (Odio de raza) por Mecachis, y varios intercalados en el texto por A. Giménez.



Y luego se dirá que abusamos de la popularidad de *Monsieur* explotando su celebridad, su renombre justamente adquirido, sus debilidades *françaises* y sus espléndidas exhibiciones!

Cómo no hacerlo, cómo relegar al grande hombre al silencio, si él está empeñado en meter ruido y en otras cosas?

Ahí lo tienen ustedes. Apenas desvanecido, qu e no perdido) el recuerdo de sus grandes momentos de Maroñas, de su brillante exhibición ecuestre, el héroe vuelve á preocupar la atención pública.

En el nuevo *affaire* entran en danza *Monsieur*, el ingeniero Behrens, una cochera y algunos pesos.

Y ya tenemos á otro ingeniero en juego. Cuando no es Llovet es Behrens. Y cuando no es don Juan es *Monsieur*.

Por lo visto, esta jente ha dado en la idea de tener un ingeniero para su uso particular, y el jeneral de dar que hacer á los que nos ocupamos de sus cosas.

El caso es que *Monsieur* se enojó con el ingeniero y le dijo hasta *voleur*, que es como decirle ingeniero de puertas y ganzúas en el idioma de Racine y Charpentier.

Verdad es que para los que participan de la idea de que *Monsieur* habla el francés como una vaca española, no quiso decir tal cosa.

—Si es claro, me decía uno que lo adora porque le hace recordar á un gato color café que se le murió ebrio consuetudinario;—le habrá dicho: «*A voler, á voler!*» como quien dice: «*A volar, á volar!*»

Sea lo que quiera; el hecho es que el incidente va á dar por resultado, según se dice, que el ingeniero mande sus padrinos á *Monsieur*.

Me parece que ahora que se queda sin empleo, obraría con cordura el ingeniero guardándose los padrinos para sí ya que los tiene.

Porque es sabido que cuando uno se queda cesante, es cuando más necesita padrinos.

La prensa, por su parte, la ha emprendido con *Monsieur* y le critica de una manera franca y desenvuelta su conducta.

Pero señores! Hay que tener en cuenta las circunstancias. *Monsieur il est un militaire, un guerrière!*

Y se le critica porque riñel ¿Cómo quieren ustedes que un guerrero sea pacífico?

A todo el mundo se le volvía decir que el Ministro no servía más que para lucir las cruces y el *corpo bello*, y él se habrá dicho: ¡Qué! ¿se figuran que no sé pelear? Pues lo van á ver.

Y se peleó con Behrens.

Tomando como pretexto la construcción de la célebre cochera.

¿Y á que no saben ustedes lo que ha traído esto de la cochera, sin contar el duelo en futuro perfecto?

Pues el siguiente telegrama de corresponsal especial *français*, telegrama que voló á Europa como una partida de eventuales.

«Drama pasional político-cocheril—Duelo inminente entre *Monsieur* é ingeniero Behrens.—Cuestión de faldas. *Monsieur* enamorado delirante de la mujer del cochero de Behrens. Más tarde detalles.»

¡Figúrense ustedes!

Y figúrense luego el efecto que esta alteración de la paz ministerial va á producir en los círculos europeos.

Se trata de *Monsieur, français de cœur* y de bigotes, y de Behrens, alemán de nombre, de sangre y de afición por la cerveza en verano.

*Monsieur*, puro talento indumentario-militar, y Behrens puro cálculo matemático; como quien dice: un logaritmo rubio con cicatrices.

La *bravure* y las matemáticas....

¡Pues! La guerra Franco-Prusiana!

\*\*

Empiezan ya á volver los peregrinos que fueron á Lujan, y contando cosas estupendas.

Llegaron á Buenos Aires con una lluvia que no parecía sino que estaban baldeando el cielo y arrojando el resto de líquido á la tierra.

—Con lo cual, naturalmente, si alguna mancha llevaban sobre su conciencia los peregrinos, ha debido quedar lavada á la perfección, me decía uno de ellos, con quien tuve un *interview*.

—¿Y usted llevaba manchas?

—Eh... Una sola, en la levita. Resultado del derramamiento de una sopera de caldo con verduras.

—Vaya; no podía usted quejarse, entonces; llevaba usted alimento sin trabajo. Una sopa de levita con verduras. Y como dicen que, dado el número de peregrinos, era de temerse que no alcanzara el desayuno preparado en el santuario....

—No; pues mire usted: ese temor no nos afligía; porque como la lluvia nos había puesto á todos hechos sopas, ya podíamos marchar sin cuidado, que sopa no nos había de faltar.

—Me figuro que la peregrinación uruguaya ha de haber dado cola y luz á las anteriores argentinas.

—Hombre... lo de cola, no sé; pero en cuanto á luz.... para algo llevábamos una lámpara.

—Hubo mareados, eh?

—Pues no señor: y eso sí que es un milagro, un verdadero milagro. Porque como yo decía: mejor es que dejemos en tierra á Soler.

—¡Hombre!

—Le diré á usted; porque me parecía más que milagro el que no nos mareáramos llevando con nosotros un obispo que se llama *Mariano*.

De modo pues, que la peregrinación ha tenido completo éxito; pero á estar á los telegramas y correspondencias, los alegres romeros encontraron al santuario iluminado con inmensa profusión de velas, fueron autorizados para velarlo, y honrados con una velada en el Club Católico de Buenos Aires.

¡Mucha cosa de velas hubo por allí!

Que sin duda alguna no preveían los peregrinos; porque á haberlo hecho, se llevan á Villemur.

\*\*

Como asunto de sensacion hemos gastado esta semana el del decreto rescisorio del contrato de los Ferro-carriles del Oeste.

Hasta ahora los Ferro-carriles en nuestra tierra servían para dar pingües ganancias á los empresarios ingleses; para descarrilar, para llegar con un semestre de retraso, para

despachurrar seres humanos, y á veces para llevar viajeros.

Pero ahora sirven, por lo visto, para, para provocar rompimientos políticos y rasgos de independencia presidencial. Cosas todas que por tratarse de Ferrocarriles, pueden expresarse en lenguaje de ferrovía y andén.

Que don Juan, con este golpe se independiza de don Julio el tremendo:

Ruptura de frenos.

Que don Julio se prepara con su mesnada á salirse de sus casillas y hacer de las suyas en los dominios de don Juan:

Descarrilamiento.

Que don Juan y don Julio se van á encontrar frente á frente y que se va á armar la de Dios es Cristo:

Choque.

Y para que no falte nada, la prensa se ha dado á *titear* á don Juan y á don Julio en són de silbatina.

¡Pues! ¡El pitito!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR



—¡Qué empeño de que te cuente larga y detalladamente mis anteriores amores, por ver si los anteriores han sido como el presente!

—¡Si no me acuerdo, mujer! ¿Y qué endiablado placer buscasen ese tormento? ¿Te querré más si te cuento mis aventuras de ayer?

Suponte que te dijera que has sido tú la primera, sólo por no hacerte daño. ¿Qué creerías? Que te engaño: ¡lo mismo que si lo viera!

Y si confieso que amé y me encendí y me abrasé como me abraso por tí, te vas á formar de mí mala idea. ¡Ya lo sé!

—¡Insistes? ¡Qué tontería! Pues sí, palomita mía, quise de varias maneras, y aunque no fuese de veras, á mi me lo parecía.

Luego, pasado el calor, suave, dulce, bienhechor, que en tales casos se siente lo he pensado seriamente y he visto que no era amor.

El amor es lo que siento besando á cada momento esos tus lábios de grana, que brindan de buena gana tras de una caricia ciento.

Los otros fueron ñoñeces, tonterías, pequeñeces, caprichos insustanciales y rápidos, de los cuales ni el recuerdo queda á veces.

—¿Que si á las otras decía lo que te digo? ¡Alma mía! ¿Por qué me preguntas eso? ¿Te empeñas? ¡Vaya! Confieso que sí, que se lo decía. ¿Que si era mentira? ¡No! ¡Nunca mi audacia llegó á fingir de esa manera! Lo que sucedía, era que me equivocaba yo.

¿Que tambien puedes creer que ahora... ¡Calla, mujer, eso sí que no lo paso! Tú lógica en este caso no tiene razón de ser.  
 ¡Que mi traición está clara! ¡Que no te mire á la cara! ¡Caramba! ¿Te has ofendido? ¡Pues, hija, tú lo has querido por empeñarte en que hablara!...

S DELGADO.



Miren ustedes el retrato de hoy. Y digan: —¡Oh! Socorrito Martínez. ¡Qué bonita! Para que pueda yo agregar: —Sí, señoritas; también hay muchachas muy lindas en San José. No es cosa de que se crean ustedes que sólo existe Montevideo.

No lo creo. ¿Porqué he de creerlo? Apesar de cuanto sostenga mi buena amiga Esmeralda, nosotras—quien más quien menos—hablamos con ciertos ribetes de descuido y barbarismo... (No hay que asustarse de esta palabra que la muy austera y circunspecta Gramática de la Academia Española la cita á cada paso). Hablamos mal: ¡qué hacerle, queridas mías! Porque francamente, sin escrúpulos ni tapujos, aún la más retórica suele caer en aquello que con perfecta frialdad y deliberado propósito considera chocante, improcedente y de mal gusto.

Con el corazón en la mano: ¿quien de nosotras no dice, por ejemplo: *vení, subí, bajá, sentáte*, etc. etc.? Claro, ciertísimo que esto está mal dicho, que está reñido con la gramática y con las buenas formas; pero aún así, apesar de sus defectos, me parece que tiene una expresión singular de desenvoltura y sinceridad que amengua en mucho el error. *Subí*, por ejemplo, es más apremiante é imperativo que *sube*; el acento agudo vigoriza doblemente la palabra. No quiere decir esto que defienda y aconseje tales usos: es simplemente una consideración. Pero téngase en cuenta que más vale pronunciar mal que hacerlo correctamente y con afectación, cosa que mueve la risa y pone los ojos burlescamente pillines. Escúchese sino esto: «Niño, ven». El *ven* nos suena tan mal y presuntuosamente, que no podemos menos que sonreír. ¿Es absurdo? ¿Es ridículo? No lo niego: será; pero así estamos acostumbradas; estamos tan acostumbradas á hablar campechana y llanamente, que aquello que nos recuerda la tiesura y dicción del lenguaje nos sabe á pedantería y ridiculez. En todas partes pasa lo mismo, con diferencia de razones y de matices; pero siempre con esa tendencia innata á cometer yerros más bien que á dibujar perfecciones. En España, allí donde están tan cerca de la batuta de la Academia, no se dice generalmente Madrid, sino *EMadriZ*; en Francia, en París, no se dice *guerre*, sino *guerrrrre* hasta con una docena de *erres*. En todas partes se dispara; pero hay disparates de disparates; de dicción y de significación. Cuando se dice *bajá*, cualquiera comprende que se ha querido decir *baja*.

Pero póngase 'este caso: Supongamos que llega de pronto un español aquí y oye frases como estas: —Fué un baile macanudo. Puras turcas y compadres.

—Allí le colgó á ella la galleta Jacinto.  
 ¡Me figuro la cara que podría el español al oír semejantes cosas! ¿Un baile macanudo? Sin duda lo hacen esgrimiendo macanas... ¿Y eso de las turcas y compadres? ¿Habrá algún día en que celebren fiesta juntas las turcas y los compadres en este bendito país? ¿Y eso de colgar la galleta? ¿Dónde se la



colgarán? ¿Por qué? Probablemente debe ser algún baile de panaderos...  
 ¡Dios nos asista!

Así no es inverosímil suponer que el español cogiese la pluma en seguida y escribiera á su país: «En Montevideo se baila mucho, y de una manera originalísima; hay un baile denominado *macanudo*, en que bailan las parejas esgrimiendo macanas, parejas formadas en su totalidad de turcas y compadres, que parecen tener un día de fiesta especial para bailar juntos; luego hay un baile de *panaderos*, en el que se cuelga á la dama una galleta, según el gusto ó el capricho...»  
 ¡Santa Bárbara! ¡Y no hay reclamo!

ALINA DORÉ.



Es indudable que si Napoleón I hubiese sido tan excéntrico como lord Byron y hubiera dado en la extraña idea, pongo por caso, de llevar colgando

de la montura algunos tarros de leche, nadie hasta la fecha habría *fabricado* tanta manteca como él.  
 Se calcula que anduvo como diez años sin apearse del caballo, descontando naturalmente las horas de sueño y otras horas perdidas. (Perdidas, sin malicia).

Si el maledicente sér humano tuviera cuero como los animales, sus pieles no tendrían salida: tal sería su profusión de *lonjas* y de *tiras*.

Aquí ¡en Montevideo! se ha publicado un libro titulado *Hundimiento*, que, la verdad sea dicha, ha dejado hundidos á más de uno de nuestros literatos de campanillas sin badajo.

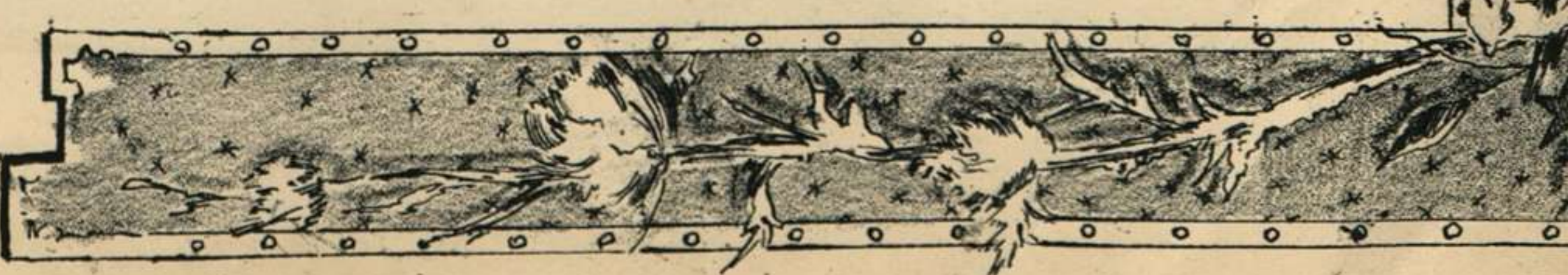
Vale la pena, ó mejor dicho, vale el gusto de ser leído.  
 Compren ustedes *Hundimiento*, de Delfino Urquía, y el *peso* se los agradecerá.  
 Esto no es *bombo*. (No soy amigo de ningún cronista teatral).

Entre los hombres y mujeres célebres, Lucrecia Borgia es sin disputa quien tiene más descendientes directos: los guardias civiles (por la bolilla), los almaceneros (por la canilla) y el río Santa Lucía (por la mismísima canilla).

El gato es un animal mucho más limpio que los hombres: jamás ensucia el agua.

¡Dios mío, qué solos sé quedan los muertos!

Solemnísimo disparate. Creo que no existe en el mundo local alguno en que *duerman* tantas personas juntas como en el cementerio.



RAYO U!



El Carril del Oeste,  
busca el Norte, anuló  
Juanstrato, y ganó....  
Eso lo dirá

ESTE.

Wampflano II

El amor es un lazo corredizo en cuyo extremo hay generalmente un nudo: el matrimonio.

En qué se parece Héquet á una comida china?  
—En que termina con t.

Si el ejército de las naciones estuviese formado por mujeres, sería imposible su organización: todas querían ser centinelas de vista; y el grado de mayor ¿quién de ellas lo aceptaría?

¿Cuál sería el colmo de un fumador?  
José Pedro Ramírez, que se fuma hasta los anillos.

Vayan estos estilos propios de algunos de nuestros poetas y prosistas:

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

(Canto épico)

Dame la mano y vamos,  
la derecha, la más peluda y negra;  
esa, la de rascarse las narices  
y tirar temblorosa las orejas.

CARLOS MARÍA RAMÍREZ

(Fragmento de novela)

«... Coincidió literalmente aquel derrumbamiento bursátil con la boda del distinguido publicista Alejo Ibáñez, high-life de la idiosincracia, literato de cierta talla, pensador de cierta índole, músico de cierta inspiración, poeta de ciertos vuelos, economista de ciertas tendencias.—Cosas del mundo.—Mientras la bancarrota hundía á unos, Himeneo tendía los brazos á otros.—¡Miserias é ilusiones!—como diría aquel diablillo de Pepita Olazalde, la espiritual anfitriona de los viejos diplomáticos.»

ADELA CASTELL

(Rima)

¡Triste está el canarito!  
¡De compasión me llena!  
Quiere subir y cae...  
Pues que yo nada puedo hacer, que muera

SAMUEL BLIXÉN

(Crítica teatral)

«... Decir cómo estuvo anoche la Ristani, sería tan tonto como decir simplemente como en lenguaje gastronómico. ¡Dios, y que es mucha artista, es mucha artista esa, molta e buona! ¡Qué garganta, qué petto forte (y mórbido para nosotros), qué fioriture! ¡Aquella nota, aquel la sobreagudo picado en crescendo de bemoles en una cromática ascendente mezzo-supra-enarmónica-diatónica fundida en dos semitonos, un silencio y tres calderones! ¿Y la acción dramática? Corpo di... la Ristani! Admirable; sobre todo en aquella escena con el duque de Bessame, cuando con una expresión de psiquis morendo increpa al duque su villana conducta: «¡Oh, Bessame, Bessame!»; confieso que se necesita tener sangre de orchata y un corazón de Schopenhauer para no coger aquella cabecita de alondra de bois virginel y contestar á aquel Bessame angustioso e piagente con unos cuantos milloncitos de besos di cuore e spirito. Beautiful and pure like dayspring, como diría el Ministro inglés Mr. Clerton, que desde el antepecho de su palco parecía traducir con sus graves movimientos de cabeza de protestant pastor aquello de Bessame en esta forma: Yes very well; es muchi muquier bonita esa. Battini, el voluptuoso actor de la encantada Venecia, estuvo... «Caro amici: Le cinque dedil!» ¿Y la Gianessi? Pues la Gianessi... «Vediamo l'altro cinque dedil» (y no sigo con mis elogios en esta forma, que todos se los merecen, hasta el apuntador forte pulmone,—ó como si dijéramos, piano forte—por temor de que apodasen de de delante—justicie de ma partie—ó de deliciada—galanterie très entusiaste.) Et point, ó end, ó, en suma, punto final...»

JOSÉ SIENRA Y CARRANZA

(Canto épico)

Silencio!... bajo el rancho  
que guarda al portugués,  
feroz entra un carancho  
y mira al pobre Pancho  
de una manera soez.

VICTOR PEREZ PETIT

(Crítica literaria)

«... Y la culpa me la tengo yo al pretender desasnar cerebros de mulos viejos y coceadores, ya hacer caso de imbecilidades de cagatintas cernícalos y cretinos, cuyas producciones me hacen el efecto de setenta patadas, proazos y montañazos en la boca del estómago...»

MANUEL BERNARDEZ

(Canto heróico)

Mirad!... Mirad desdichados  
esta huerta de patatas  
que entre rosas y entre matas  
florece por mis cuidados,  
la que tiene á los costados  
grandes acacias umbrías,  
esa que entona armonías  
á las quinteras calladas,  
y que dá hasta diez carradas  
de papas todos los días!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

(Fragmento de novela y algo de estilo festivo)

«... Fuerte y valiente, animosa, estoica, obstinada, recia, la pobre señora recorría las calles sofocada, hipando, febriciente, desesperada, llevando siempre fija en su mente la grande y contenta imagen de un pasado feliz, luminoso, tranquilo, inmenso, radiante, deslumbrador y caluroso. Pero se detuvo de pronto; venía monsieur, le brave monsieur; mas ella no le hizo caso—¡la tonte!—y como sentía más hambre que un perro fanático que hubiera ayunado en ochenta cuaresmas, se devoró tres jamones de cerdo melancólico, una cabeza de chancha tuerta y se limpió las narices con una libra de manteca, confundiendo con el pañuelo...»

ROBERTO DE LAS CARRERAS

(Poesía lírica)

Algunos me llaman niño: ¡yo me río!  
¿De tontos es el mundo? ¡Estercolero!  
¿A que no abre la boca el más rastrero  
y se bebe mis mocos de resfrío?

DANIEL MARTINEZ VIGIL

(Trozo oratorio)

«... es tan cierto, señores, que esa hidra monstruosa y sacrilega del clericalismo es el deimos contumacial de esos thaumatopos que no pretenden sino la ustulación de los espíritus letales con contubernios é impetigenes sociales que precisan la nervinación de metafrastas fulminadores!...»

Y, por ahora, nada más.

C. L.



Cualquiera diría que yo soy un neurótico; y siempre que lo diga un cualquiera no me apura mucho la opinión.

Pero el caso es que sea inquietud nerviosa, sea buen sentido sencilla y llanamente (algunos á esto le llaman modestia y otros sinceridad), veo muchas cosas de muy distinto modo, las aprecio muy diferentemente de como las aprecia ese gran don Nadie que se llama todo el mundo.

Las cosas que he leído estos días sobre la célebre peregrinación á Luján, por ejemplo, á ratos me han hecho reír, á ratos rabiár, que son las dos maneras que tenemos algunos de recibir las cosas singulares.

Empecemos por lo de la lámpara. Nuestros diligentes devotos y devotas le llevaron á la milagrosa virgen, como regalo, una rica lámpara construída con oro, plata, esmaltes, acero, cristal y brillantes, cuya lámpara, oro, plata, esmaltes, etc., etc., costaron á los piadosos donantes varios católicos miles de pesos. Pero varios.

Ahora bien; todo el mundo admiró la lámpara, el artífice y los donantes y no dijo más, á pesar de que

en ese todo el mundo figuran unos cuantos miles, de seres con férreas convicciones liberales; en cambio yo, que soy católico, y lo declaro sin empacho y lo declaro con placer, me eché á pensar si sería el donativo algo tan agradable á la Virgen como los piadosos peregrinos se lo figuraban.

Y he aquí por qué: ¿No les parece á ustedes algo que huele á superstición, y á superstición un tanto basta eso de querer propiciarse los favores del cielo llevándole á la Virgen un regalo costoso, muy costoso, como cualquier candidato que envía un obsequio con la tarjeta que grita «recuérdame», al todopoderoso Ministro, ó al influyente diputado?

¿No sería ya tiempo de que en nuestras relaciones con la divinidad nos elevásemos á esferas más altas, á concepciones más abstractas?

Porque miren ustedes que eso de llevarle á un sér sobrenatural, perfecto, todo espíritu, todo abstracción, un objeto material, y por añadidura bien recargado de riquezas, como para que le guste más... francamente, no parece que esté indicado en los sagrados cánones.

En cambio si todo ese dinero, tanto, hecho lámpara, se hubiera destinado á aliviar la miseria, la pobreza, siempre presentes, siempre firmes en su puesto, siempre multiplicadas, ¿no se hubiera hecho un acto más, pero infinitamente más agradable á la dulce madre de los desamparados?

Ya sé que se me dirá que también los devotos atienden á los pobres; que hay sociedades que los socorren, que se procura aliviar las necesidades en la medida de los esfuerzos posibles.

No lo dudo; pero apuesto á que esos miles de pesos no hubieran hecho daño ninguno á la caridad; de fijo.

A no sér que haya ya plétora de recursos... Pero ¿qué apostamos á que para Navidad tenemos rifas con objeto de arbitrar recursos para los pobres, y kermesses, y conciertos y listas de donativos? ¡Pues!

Y por no dejar de mano la peregrinación. Muchos devotos y devotas llegaron á considerar un deber el asistir.

¡A una peregrinación! ¡Cómo faltar!  
Es decir, á un acto de penitencia, de homenaje humilde y costoso, á un leve sacrificio...  
Pues nada de eso.

Que ya no son cual las de antes las peregrinaciones de hoy en día.

Verdad tan verdadera como desversado el verso. A lo que he visto, sólo se ha tratado de un lindo paseo al Santuario, regido por excelentes disposiciones para divertirse lo más y lo más cómodamente posible.

Porque hasta sibiritismo gastaron los peregrinos. El menú se preparó como para gentes que quieren digerirlo religiosamente; y para no pecar de cortos, se imprimió con todo lujo; aunque esto parezca á algunos supérfluo.

Pero todo se hacía indudablemente en previsión de futuras privaciones.

Como me decía una señora á quien yo hacía notar los dichos refinamientos.

—¡Cállese! ¡Quién sabe si cuando lleguen allá alcanza el chocolate para todos!

Pero la que más me ha llamado la atención, de las cosas traídas por la romería, ha sido el estallar de cohetes en el castillo de fuegos artificiales de la fraternidad internacional.

¡Pues no se ha repetido poco que los hijos de ambas repúblicas unidos por la tradición, y por los vínculos de raza y por las glorias comunes y por el mútuo aprecio, y por el cariño, y por el mútuo respeto y por la mutua simpatía, son hermanos y tan hermanos como don Juan el presidente y don Pedro el coronel!

Y todo el mundo lo da como cosa evidente, y se admite como verdad sinequanon, y el doctor Lengua y Monseñor Soler se han ganado allá no pocas palmadas por repetirlo catorce ó quince veces.

Por cierto; es muy hermoso como frase y como teoría y hasta como galantería, eso de la fraternidad argentino-uruguaya.

Pero no es como para tomarlo en serio, cuando todos sabemos que argentinos y uruguayos se miran muy en menos respectivamente, y se envidian, sino tan respectivamente, mucho más evidentemente.

Que los orientales llaman farsantes á los porteños, el cual vocablo de porteño por el tono clásico, adoptado, en que lo pronuncia todo uruguayo, ya implica sin más aditamento un desdén regular, y una antipatía muy irregular. Como también es sabido que los argentinos llaman compadres á los buenos hermanos uruguayos, y se permiten el lujo de tenerles lástima, por lo atrasaditos.

Y no hablemos de ellas. Porque ya por sabido se calla que las porteñas llaman sencillamente caches á sus hermanitas de aquende el río y que las hermanitas de aquende el río se hacen lenguas, (y malas lenguas)

de los progresos que en Buenos Aires ha hecho la pintura decorativa de rostros femeninos; y que por no ser menos, llaman pintarrajeadas á las hermanitas de allende el Plata.

Y esto ambas lo declaran con encomiable sinceridad.

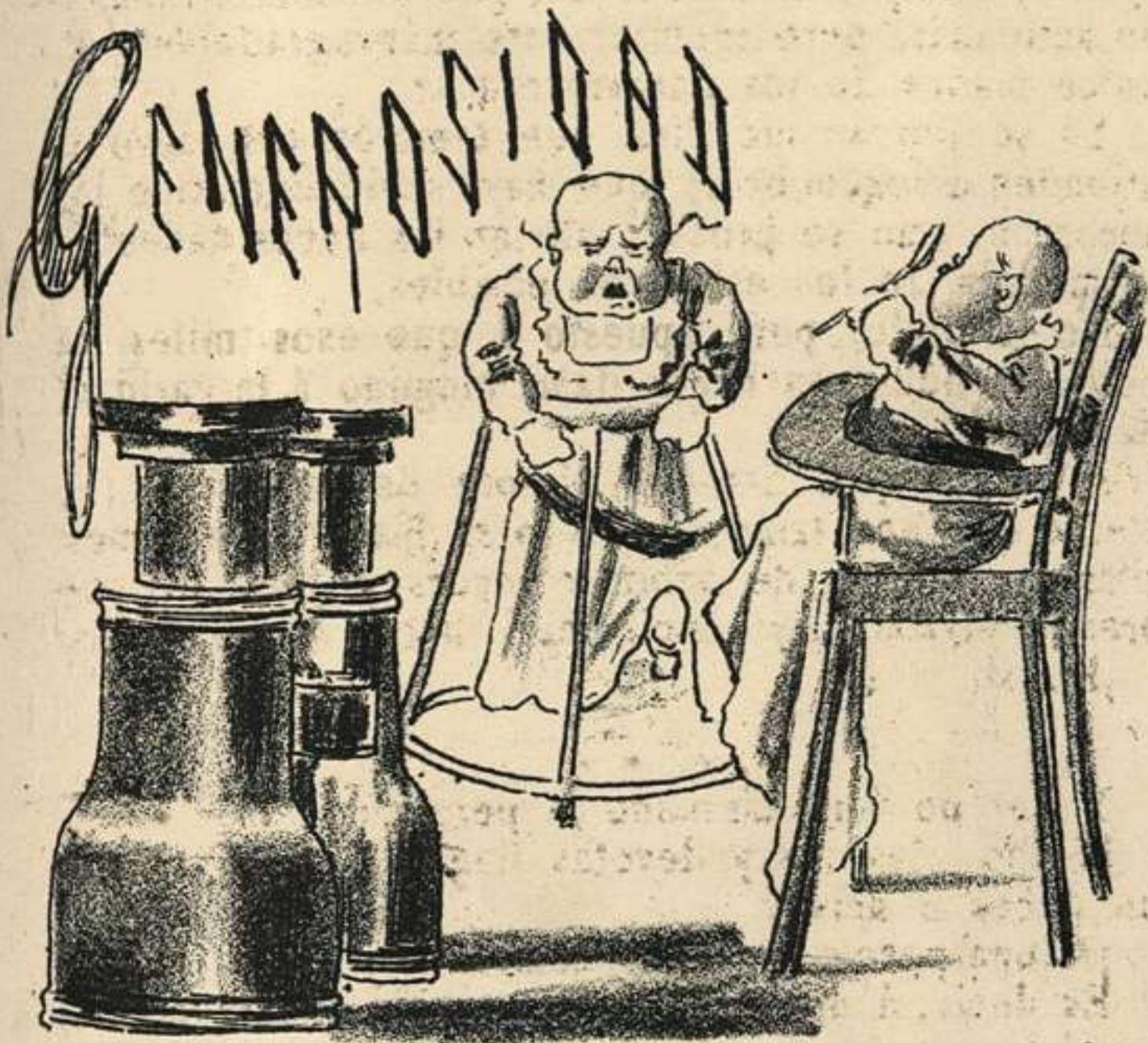
Me hallaba yo en Buenos Aires y hablaba de nuestras lindas mont-videanas con una linda porteña.

—Ahl Cállese con las orientales! Son lo más disimuladas y lo más envidiosas. Figúrese que una oriental, en la calle de Florida, por no mostrar que miraba una vidriera espléndidamente arreglada, como saben hacerlo en Buenos Aires; por no dejar ver que se paraba á mirarla, fingió mientras la observaba de reojo, que se arreglaba el botín, mostrando á cuantos pasaban la pierna hasta media pantorrilla!

Y sin embargo; con qué seriedad se reciben en ambos países esas afirmaciones de la existencia de una simpatía y un cariño á prueba de rivalidades! Prerogativas de las frases lindas.

Como esas. Pero que, si son verso, en cambio no son verdad.

NEMO.



DE PEREZ ZÚÑIGA

En casa de mi amigo Juan Zapateta y de su linda esposa Pilar del Pozo se plantó de improviso con su maleta un don Justo Clavijo, que era buen mozo.

Como eran amigos Juan y Clavijo, sin andar con reparos ni tonterías visitó á Juan don Justo, y así le dijo:

—Me declaro tu huésped por unos días. Vengo á tratar de asuntos muy delicados que afectan á mi casa de Ciempozuelos, y en justa recompensa de tus cuidados te daré mi retrato y unos gemelos —

Don Justo, en vez de días, estuvo meses; á don Juan indispuso con sus vecinos: le mermó en poco tiempo sus intereses por hacer necedades y desatinos:

y como resultado de tanto exceso se puso mal el pobre, de tal manera que tenían que darle friegas con queso la Pilar, las criadas y la portera.

Cuando ya el forastero mejor estaba, recibió una cartita de su señora diciendo que su finca se desplomaba y que volviere al pueblo sin mas demora.

Viendo con alegría que el buen Clavijo se iba á marchar, en vista del contratiempo, —¿Te vas sin obsequiarme?— don Juan le dijo.

Y contesto don Justo;—No tengo tiempo: mas á tu amable esposa doy carta abierta para que los gemelos compre á tu gusto.— Y aunque en el aire entonces quedó la oferta ya, por fin, su palabra cumplió don Justo;

pues á los nueve meses de haber marchado tan generoso huésped á Ciempozuelos, vió don Juan Zapateta regocijado que Pilar le obsequiaba con dos gemelos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

**Teatros**

El lunes ¡por última vez! (así, entre admiraciones, qera que suene á exclamación lacrimosa de despedi-

da), se dió «Manon» en el Politeama á beneficio de De Lucia.

Fué un triunfo memorable.

La música gustó más, si cabe. Es preciosa, segura, bella como concepción y orquestración. ¡Y que aquí no conociéramos todavía á Massenet! ¡A un maestro que ha escrito *Manon*! ¡Y que aún nos atosiguen con Donizzeti y Rossini y Bellini!...

¡Vaya, vaya! Que es cosa de enojarse.

La Petri, para mi, ha creado la *Manon* entre nosotros.

¡Ah! Yo me acuerdo siempre, cuando Quina Arraga, la infortunada Quina diciéndome con su voz dulce y alegre. «Venga, acompáñeme al piano; le voy á cantar *aquello* que á usted le gusta». *Aquello* de

*Manon, Manon*  
que faites tu de la vie?

me acuerdo siempre, al oirla, muchas veces olvidándome de que estaba acompañándola, aparecía en mi imaginación una mujer voluble, ligera, alegre, apasionada, cruel y amorosa, un pájaro enamorado; y luego un amante esclavo, tierno, siempre herido y siempre enamorado también, que le decía á cada instante «te amo á pesar de todo, soy tuyo; tú me hieres y yo te beso, tu me huyes y yo te busco, tú vuelves y yo me entrego. ¡Oh pérdida Manon, criatura faláz pero hechicera, mátame, pero te amo, te amo!!

Y la Petri y De-Lucia han renovado en mi mente todos aquellos recuerdos.

Ella en su afán de gozar, de gozar la *vita intera*, de vivir, porque es *bella così*, y si debiera algún día morir, moriría con la sonrisa del placer en los labios, diciendo: «Sea. Ya viví!»

El apasionado, rendido, hechizado por el encanto de la mujer, impotente para rechazarla, sintiendo que apesar de todo la sangre le hierve al oír que le dice mirándolo con aquellos ojos en que flamea la pasión, encendidas las mejillas, anhelante al pecho.

*No, questa non è  
la mano che mi tocca  
¡lo ricordi tu?*

Lo digo porque lo creo. No espero volver á oír una interpretación de *Manon* como la que nos han hecho oír De-Lucia y la Petri: Ustedes verán si me engaño.

Aquel duo del primer acto, aquel *racconto* del segundo, la escena y el duo candente del tercero y el concertante del cuarto; no los volveremos á oír así cantados, si no es por la Petri y De-Lucia otra vez.

RE-BEMOL

## ENTRE DOS FUERZAS

### NOVELA

POR

A. GIMÉNEZ PASTOR

IX

(Continuación)

Aquello le produjo fuerte sensación de disgusto. Iba allí en busca de descanso, en busca de recuerdos que refrescaran su espíritu, inquieto, preocupado por aquel extraño rompimiento de su nuevo amor de un día.

La repentina reacción de Delia le había dejado primeramente aturrido, algo confuso, como primer rechazo que era.

¿Qué pensar de aquello? ¿Qué era, en fin?

El, que no estaba muy hecho á tales trances no había sabido qué contestar y la miraba sonriente, como esperando que hiciese el mohín con que se termina una broma, pero no lo hizo; la cosa iba de veras.

¿Qué hacer? Dió en aparecer desdeñoso, creyendo así dominarla, y luego, como no le diera resultado, lo tomó por el lado de la indiferencia alegre, como quien está seguro de que una cosa ha de terminar forzosamente bien, como final de comedia festiva de las que gastan dulces engaños y reconciliación final.

Y al separarse de ella, aunque contrariado é inquieto, algo temeroso del ridículo, con la sensación inconsciente de encontrarse en una posición falsa, halló modo de satisfacer su vanidad diciéndose, mientras encendía con insegura fruición un cigarrillo, mirando satisfecho al cielo pálido que la noche empezaba á invadir por el oriente:

—Bah! Es claro; busca los encantos del contraste.

Sin duda; se trataba de uno de esos enojos de mujer enamorada, creados como incentivo al placer para gozar la alegría de la reconciliación.

Pero luego su inquietud fué aumentando, mucho,

mucho, cuando al volver á verla la encontró lo mismo.

Empezó á recordar los detalles del nacimiento de aquellas relaciones.

Le parecía verse hablando, al declararla su amor, con aquel sonsonete entrecortado, sonriendo tontamente, cortado, como un paisano receloso y encojido.

Quizá quizá, aquello era la causa de todo. Quizá Delia lo había encontrado ridículo al mirarle de aquel modo, manifestándole un amor fogoso con los brazos cruzados, inmóvil, mostrando sin objeto los dientes.

Pero es que él no podía dar expresión á las frases en aquella condición, teniendo que cuidarse de que no le oyeran su madre y Misia Justina; sin poder hablar alto, con ímpetu, como la naturaleza del sentimiento que trataba de expresar lo exigía; sin poder accionar, sin acercarse á ella, sin tomarla la mano...

Toda esta evocación de su figura desairada, en tales momentos, le ponía nervioso y le hacía sudar las espaldas.

Pero lo peor era la actitud de Delia. Por cierto que no había estado más expresiva; no era ni mucho menos aquella la actitud de una mujer enamorada; sin rubor en el rostro, sin emoción en la voz, sin ternura en la mirada...

Todo esto acabó por hacerle creer que realmente no lo quería, que le había dicho la verdad al confesárselo casi rudamente, y esta idea le puso por fin intensamente triste, mortificándolo más de lo que él quisiera.

¿Habría concluido todo al empezar? ¿Habría sido un sueño engañoso aquella conquista de la mujer deseada tanto tiempo, aquel triunfo de su vanidad y de su oculto amor? ¿Todo aquel porvenir de placer fuerte se había borrado, entonces, apenas entrevisto, apenas vislumbrado un instante?

Notó que la tristeza le dominaba, apesar de su orgullo, y en su ansia de amor, de placer, se fué aquella noche á casa de Arjentina, á embriagarse con caricias de mujer, á olvidar su inquietud y aquella sensación de vacío, de la contrariedad de la derrota, que le invadía.

Al no hallar á Arjentina, al mirar la salita testigo de sus horas de placer tranquilo, así invadida por aquellos muchachos rudos que encontrara echados sobre los sofás, arrojando al aire, sumidos en pesada haraganería, el humo mal oliente de sus pipas de yeso, experimentó una sensación de disgusto que no pudo dominar, al saludarlos.

Los había entrevisto, algunas veces, en días de asueto, encojidos en algún rincón, mirándole de través, recelosos indómitos, como pequeños salvajes que ven invadido su dominio.

Y así le recibieron aquella noche; al verle se levantaron y mascullando un «buenas noches» salieron uno tras otro yendo á observarle desde el patio.

Amabilio, mirándole de través, ponía á la consideración de los otros la probable fuerza de aquel su futuro adversario en el lance de honor preparado por su madre, y de su palidez enfermiza deducía gran desventaja para él, mientras Ramón, más previsor, murmuraba:

—Mirá, no hay que fiarse; hay flacos que tienen mucha vaquia.

En tanto, Mario, fastidiado, se había puesto al balconcillo donde la sirvienta le llevó enseguida el mate, asegurándole que la niña ya venía, que no habían de tardar ni media hora.

Llegaron antes Doña Armanda resoplando, sofocada por aquellas cuerdas recorridas con el paso rápido y saltón que usaba para desmentir, con una agilidad de cabra perseguida, sus abultados cuarenta años.

Y apenas llegada, mientras tironeaba los guantes para sacarlos pronto, la emprendió con la sirvienta, contándole rápidamente, con voz entrecortada, la aventura de la noche.

—Si vieras, Lola qué conquista! Un jeneral que me ha venido dragoneando en el tren, sin quitarme los ojos de encima en todo el viaje!

—¡Pero si era á mí! exclamó Arjentina dejando de mirarse al espejo, dispuesta á disputar aquella gloria que se le quería arrancar.

—¡Qué ha de ser á tí, mocosa! gritó doña Armanda. ¡Un jeneral! A mí, Lola; no me quitaba los ojos de encima!

La otra replicó y madre é hija se empeñaron en una encarnizada porfía, reclamando cada una para sí las miradas del jeneral.

Mario, lleno de disgusto, las escuchaba, viendo así de pronto revelarse el carácter de las dos, precisamente cuando él iba en busca de afecto, de calma para su espíritu inquieto; pero ellas, al verle, cambiaron instantáneamente de actitud.

Doña Armanda revistió su rostro de una expresión solemnemente severa, y Arjentina le saludó friamente, con su mejor aire de impertinente, levantando la nariz como para olfatear el aire.

(Continuad).

La gracia ajena

ODIO DE RAZA, POR MECACHIS



1—El Veigas y el Lata eran dos contrabandistas de los finos, pero que no podían verse ni en pintura.



2—El Veigas se dedicaba á la introducción de vinos.



3—Como lo ve el curioso lector.



4—Y el Lata á la introducción de mantecas.



5—Como también puede verse por la muestra.



6—Y, claro; aquel odio mortal tenía que acabar de alguna manera; un día se encontraron frente á frente...



7—Y verse y prepararse para la lucha todo fué uno.



8—Y ¡zás! del primer envío el Veigas le echó al Lata todas las mantecas fuera.



9—A pesar de lo cual el Lata, ¡pum!... ¿Pero ven ustedes como le abrió el pellejo de arriba abajo?

**ALPOLDA**  
BABA

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor. **CASA ESPECIAL EN CAFÉ**

**GALLIGARIS**  
ESTUDIO

Hace esta fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.

ESTUDIO

DE CHUTE & BROOKS

Galle 25 de Mayo 300

MONTEVIDEO

Galle Florida 74

BUENOS AIRES